las dos columnas, parecidas á los montantes de una puerta gigantesca, contémplase la más maravillosa decoracion que soñar pudiera la mente de un artista.

A la izquierda está la Zecca, la Casa de la Moneda, construida por aquel ilustre Sansovino cuyo nombre aparece en las más grandiosas obras de Venecia; á la derecha se ve el palacio ducal con sus mármoles sonrosados y su maravillosa columnata. Despues sigue San Marcos, la inmortal basílica, resplandeciente con el oro y pedrería de sus mosaicos; y en frente de ella elévase á la altura de trescientos piés el gigantesco campanario ó campanile, que en medio de aquel bosque de diversos monumentos parece indicar al espectador admirado hasta dónde podrian levantarse los demás.

En el fondo de la plaza, y mirando al mar, brilla la torre del Reloj, con su cuadrante de oro y azur y sus dos esclavos de bronce que golpean la enorme campana. Al declinar el dia, los sonrosados reflejos que le iluminan, ascendiendo siempre, dicen aún mejor que las agujas dónde está el sol que se pone detrás de los Alpes Julianos.

Ascendamos ahora por la suave pendiente que permitiria subir á caballo (si hubiese caballos en Venecia) hasta la cúspide de ese campanario, verdadero mástil del gran buque de mármol anclado en una laguna tranquila. Desde la altura podemos contemplar el maravilloso conjunto de palacios, de agua, de cielo, de montañas, de barcas y de transeuntes que se mezclan y confunden de tal modo, que á veces se creeria que las barcas circulan por las calles y los hombres andan por el agua. Al ver ese flujo y reflujo de vida y de movimiento que parte de la plaza de San Marcos y de sus muelles, no parece sino que aquel es el corazon á que afluyen las arterias y las venas de esa ciudad extraña y espléndida á la vez. Desde el alto balconcillo del campanile sigamos ahora con la vista los graciosos contornos del Gran Canal ó *Canalasso*, que corta la ciudad en dos partes casi iguales, enlazadas por el puente de Rialto, como ántes hemos dicho: en las dos extremidades está el mar, *mare magnum*..... ¡Admiremos esa isla con sus treinta mil palacios de mármol y sus iglesias, que tienen las olas por punto de apoyo, y veremos Venecia en su mágico conjunto!

Esta ciudad sumergida, donde los extranjeros imaginan al pronto que sólo se puede transitar en una barca, tiene trescientos cincuenta puentes de mármol blanco ó rojo, que sirven para enlazar sus estrechas callejuelas, cuyo número no baja de dos mil. Este dédalo, que es preciso haber recorrido á menudo para encontrar su camino, da una circunferencia de más de seis millas, bañada en todas partes por la laguna: en otro tiempo la poblacion contaba más de doscientas mil almas: hoy tiene ciento veinticinco mil.

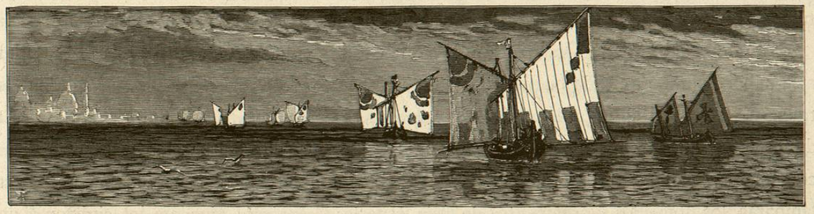
Y desde esta elevada cima ¿quién sospecharia su decadencia? ¿No es siempre la ciudad de los Dux? ¿No parece, por ventura, tan rica, tan bella, tan engalanada, tan brillante y alegre como en los dias de su pasada gloria? ¿No es aún la ciudad de los dulces misterios, que entregándose de noche á los placeres reposa de su fatiga por la mañana, mecida sobre ondas de azur como una hada que dormita?

Si dirigimos ahora nuestras miradas más léjos, veremos una faja de rocas y de arenas: es el Lido, primeramente, y despues Malamocco, Palestrina, los Murazzi, y por último Chioggia, que toca en tierra firme. Enlazadas por un formidable dique, estas islas constituyen la barrera

que protege á Venecia, no sólo contra la invasion del mar, sino tambien contra toda sorpresa de buques enemigos; exceptuando tres pasos navegables, admirablemente defendidos, el fondo del golfo está cerrado como un lago: delante, cual centinelas perdidos, vénse las islas de San Lázaro, de los Armenios, San Cervolo, San Pedro del Castillo, San Jorge Mayor y la Giudecca.

A nuestros piés, á nuestra vista, está la plaza de San Marcos, verdadero corazon de todos estos palacios, y cuya variedad de estilos deberia convencer á los arquitectos modernos de que su sistema de regularidad absoluta es mortal para el arte. Aquí no se ve ninguno de los lados en ángulo recto; no hay dos monumentos semejantes; y sin embargo, esta plaza es singularmente bella y majestuosa.

Allí, la torre del Reloj corta las *Procuratie vecchie* (el palacio de la izquierda), difiriendo de todo lo demás como época y como arte; y junto á esta torre, el pequeño Patio de los Leo-



Botes de pesca

nes, formado por una entrante de la basílica, corta tambien este ángulo de la plaza. Despues sigue la catedral, cuya arquitectura bizantina trasporta la imaginacion á un mundo muy distinto, por la admirable variedad de sus cúpulas, de sus columnas, de sus capiteles, y sobre todo sus colores. Todos los templos antiguos de Grecia y Asia proporcionaron los materiales, amalgamados con un vivo sentimiento del arte pintoresco: al pié mismo del campanile, semejante á un enano junto á un gigante, apóyase la Logieta, pequeño templo del Renacimiento, de mármol rosa y bronce, elegante y airoso, verdadera joya colocada allí más bien para hacer las veces de un mueble precioso que de un monumento.

A cierta distancia la plaza se estrecha despues de trazar un recodo y toma el nombre de Piazzetta (pequeña plaza): en el centro, á derecha é izquierda, y elevándose como al acaso, cual una vegetacion espléndida, vénse columnas, pilares de mármol y de bronce, grupos de pórfido y estatuas que contribuyen al efecto maravilloso de esta ciudad museo.

¿Qué viajero no habrá enmudecido de asombro al contemplar por primera vez este admirable espectáculo? ¿Quién, incluso los más notables arquitectos, habrá pensado en censurar la completa falta de unidad y de simetría entre todos esos palacios que forman uno solo, entre esos estilos de todas las épocas, entre esos diversos capítulos de la historia de los tiempos pasados, escrita en arquitectura? ¿Quién osará decir frente á tantas obras maestras, que es enojoso que en la plaza de San Marcos no haya una uniforme regularidad? Este palacio de hadas, con su doble columnata, que Calendario imitó del Alcázar de Bagdad, ¿no es por ven-

tura preferible por su estilo irregular á cualquiera de los que se elevan en frente, á pesar de su belleza? Allí, sobre aquel balcon magnífico, donde el verdugo mostró al pueblo la cabeza de Marino Faliero, decapitado por sus crímenes, se ven aún los Plomos, aquellos famosos plomos que al decir de Casanova, hacian para los prisioneros el oficio de verdugo cuando el sol de junio los abrasaba; eran verdaderamente la hoguera de la Inquisicion, la parrilla de San Lorenzo.

Visitemos ahora el templo de San Marcos, maravilloso conjunto de todos los tesoros del arte en todas sus épocas. En la fachada, las columnas de pórfido asiático y de mármol africano de todos colores, de todas formas y tamaños, recuerdan las conquistas de Constantinopla, de Éfeso y de Aténas. ¿No es por ventura esta la página más elocuente de la historia veneciana, así como la de las más poderosas civilizaciones? Nínive, Babilonia, la Grecia entera, Roma, Bizancio, Egipto, la Persia de la Edad media, y hasta la era cristiana están representadas aquí. Para un arqueólogo esta es la ciudad santa, el punto de peregrinacion por excelencia, la tumba del evangelista San Marcos.

Cuando el Dux Pietro Orseolo concibió el plan de la basílica, mandó venir de Oriente los más hábiles obreros; y cada buque de la flota, al recorrer el Mediterráneo, recibió órden de traer su piedra para el sagrado edificio, que debia sobrepujar en magnificencia á Santa Sofía de Constantinopla. El uno arranca á los templos de Corinto, de Esparta y de Rodas, sus columnas, sus capiteles y mármoles preciosos; el otro, los objetos de marfil, los mosaicos, las lámparas, los utensilios y ornamentos de toda especie; y entónces, durante los siglos X y XI, elévanse los muros, las bóvedas y las columnas; practícanse las ventanas y se redondea el coro. Una galería abovedada de 128 arcos rodea el monumento, que ofrece en su longitud un desarrollo de 220 piés por una circunferencia de 950.

La fachada está dividida en diez bóvedas sobrepuestas sobre dos series separadas por una galería trilateral con columnata de pórfido y de mármol; y este conjunto cosmopolita se halla coronado por cinco cúpulas, cuya forma elevada y bulbosa recuerda las del Cairo y de Damasco más bien que las de Bizancio.

En cada conquista de la República, en cada alianza que contraia, en cada tratado que celebraba, no echaba nunca en olvido á la metrópoli. Que los objetos fueran del arte griego, del romano, del árabe ó persa, poco importaba; cargábanse los navíos y estos conducian á la casa de su señor los más inestimables tesoros.

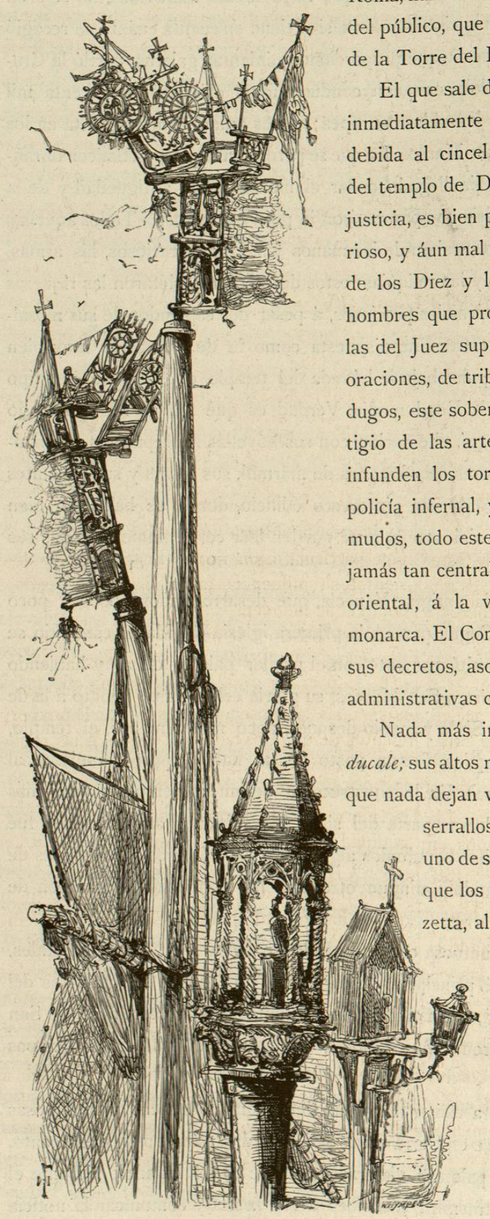
Una puerta de Santa Sofía decora la entrada derecha de San Marcos; la famosa *palla d'oro*, de plata esmaltada, uno de los ornamentos del altar mayor, fué sacada de la iglesia de Bizancio; vienen despues las columnas de serpentina y de rojo antiguo, arrebatadas al templo de Salomon, en Jerusalen, y á los palacios de Sion, de Tiro y de San Juan de Acre; los magníficos caballos de bronce dorado, á los cuales atribuyen algunos un orígen griego, aunque los más aseguran que en otro tiempo coronaron el arco triunfal de Neron, y despues el de Trajano en el Foro de Roma; y en fin, otros mil objetos que seria prolijo citar aquí. Todo el Oriente ha pagado á Venecia una contribucion voluntaria ó forzosa; enumerar tantas riquezas seria contar las piedras, los mosaicos, las columnas y los frisos; seria escribir

la historia misma de Venecia. Fácil es comprender que haya tantas maravillas, no sólo en San Marcos y el palacio ducal sino en la ciudad entera, si se tiene en cuenta cuánto se recogió en la toma de Constantinopla. De Venecia, que proporcionó quinientas galeras, partió la Cruzada de 1202: su Dux, el ilustre Dandolo, es quien conduce aquel ejército de cuarenta mil hombres, mandado por toda la flor de la nobleza europea; y él es quien primero planta en los muros de Bizancio el estandarte de San Marcos. Lo que se perdió en objetos artísticos durante el saqueo de aquella ciudad, que habia llegado á ser el museo de la antigüedad y de la Edad media, es incalculable, y no podria compararse con lo poco que se salvó. Todos aquellos vencedores de orígenes diversos se arrancaban de las manos los vasos preciosos, las armas, las ricas telas, las estatuas, las alhajas y las reliquias; estos despojos completaron las riquezas de San Marcos; mas á pesar de sus mármoles preciosos, á pesar del esplendor de sus mosaicos sobre fondo de oro, á pesar de su estructura, dispuesta como la de Aya-Sofía, muy bien pudiera caber con sus flechas y sus cúpulas bajo la bóveda del templo de Bizancio, ese tipo único y grandioso del arte oriental de la Edad media. Verdad es que allí se ha sacrificado todo al efecto interior; miéntras que aquí, el exterior, con sus bóvedas sobrepuestas y esmaltadas, sus ricas columnas de todos colores, sus festones de mármol, sus ojivas y sus brillantes cúpulas, completa el lujo arquitectónico de este pintoresco edificio, donde se halla tan bien impresa la filosofía de la historia y del arte, que se pueden leer corrientemente todas sus páginas.

San Marcos es la capilla Real de la antigua Venecia, que desarrollándose poco á poco debia convertirse en lo que ahora es. Segun parece, la primera iglesia erigida en este sitio se construyó á principios del siglo IX, simultáneamente con el primer palacio ducal; y habiendo recibido como reliquia el cuerpo del mismo San Marcos, su gloria eclipsó muy pronto á la de todos los demás templos de la ciudad. Siglo y medio despues, poco más ó ménos, el templo, y probablemente muchas de sus reliquias, fueron pasto de las llamas; pero semejante al fénix, muy pronto renació de sus cenizas. En la construccion del nuevo templo, mucho más grande que el primero, empleóse una buena parte del siglo XI, y algunos años despues fué consagrado como catedral. Aquí se hallan sepultados algunos de los primeros gobernantes de Venecia; pero despues de Enrique Dandolo, ningun otro dux fué conducido al panteon de este sagrado recinto.

No olvidaré decir que frente á la suntuosa catedral se elevan, sobre magníficos pedestales, tres grandes mástiles, colocados allí á principios del siglo XVI para poner las banderas del reino de Chipre, de Candía y Morea, en memoria de su sumision á la República de San Marcos. ¡Qué tristes reflexiones sugieren estos mástiles, que recuerdan los buenos tiempos de Venecia, la época de su esplendor!

Al salir de nuevo á la Piazzetta para visitar el palacio ducal llaman mi atencion numerosas bandadas de palomas que van á posarse en tierra cerca de la catedral para tomar su alimento. Dícese que son descendientes de las palomas viajeras de que se sirvió Dandolo durante el sitio de Candía, en el siglo XIII, para trasmitir mensajes desde la isla y comunicar la noticia de sus triunfos á Venecia. Las descendientes de esas aves, así como las sagradas ocas de



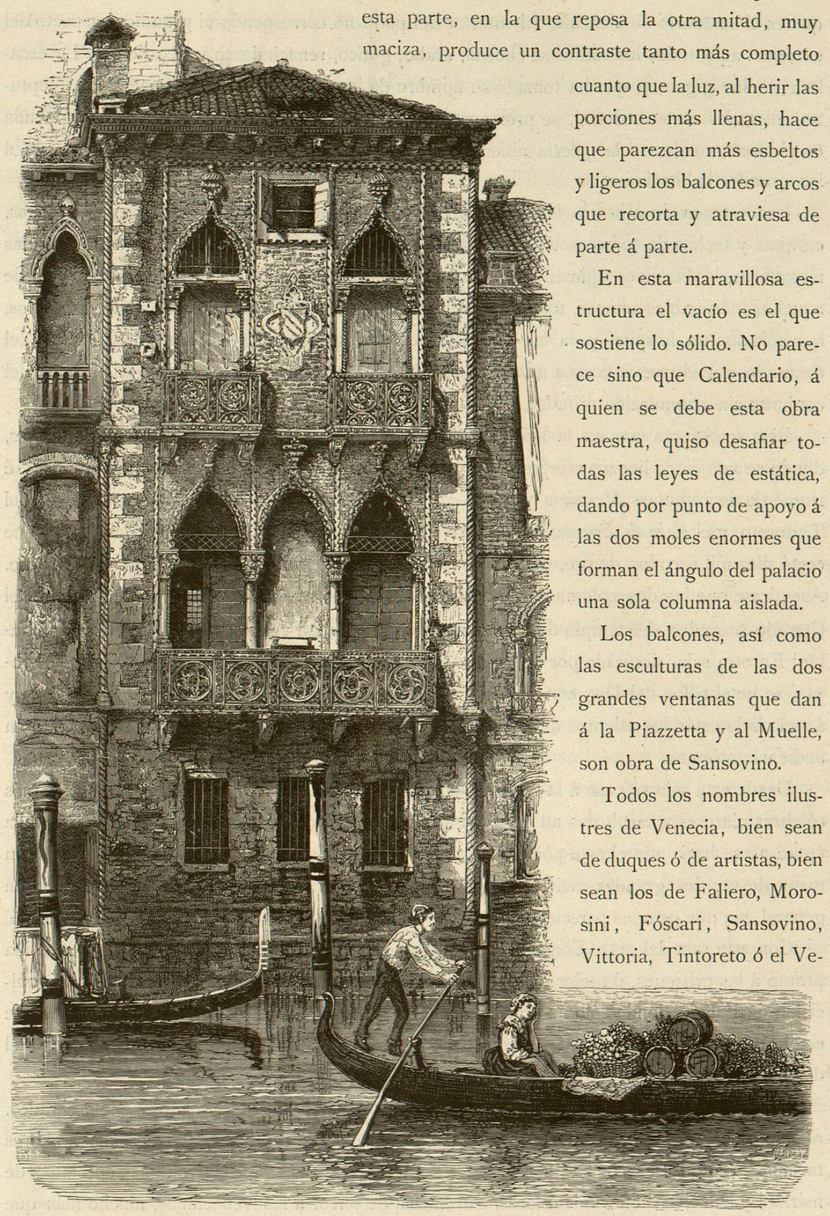
Mástiles de los botes de pesca

Roma, han sido mantenidas desde entónces á expensas del público, que les da su alimento cuando la campana de la Torre del Reloj toca las dos de la tarde.

El que sale de la catedral por el bautisterio penetra inmediatamente por la magnífica puerta *della Carta*, debida al cincel de Bartolomeo en 1439. El contacto del templo de Dios con el palacio donde se dispensa justicia, es bien propio del carácter del gobierno misterioso, y áun mal conocido, representado por el Consejo de los Diez y los tres inquisidores de Estado, esos hombres que pronunciaban sentencias infalibles como las del Juez supremo. Este conjunto de iglesia y de oraciones, de tribunal y de prision, de jueces y de verdugos, este soberano rodeado á la vez de todo el prestigio de las artes y del lujo, de todo el terror que infunden los tormentos, las delaciones secretas, una policía infernal, y calabozos subterráneos, invisibles y mudos, todo este poder, en una palabra, no se ha visto jamás tan centralizado como en este país, en ese palacio oriental, á la vez tribunal de justicia y alcázar de monarca. El Consejo que expedia en aquella mansion sus decretos, asociaba á la vez las funciones reales y administrativas con las de juez y verdugo.

Nada más imponente que el aspecto del *palazzo ducale;* sus altos muros, sus ventanas estrechas y escasas que nada dejan ver del interior, recuerdan al punto los serrallos de Oriente. De forma cuadrangular, uno de sus lados se apoya en la iglesia, miéntras que los otros tres tienen su fachada á la Piazzetta, al mar, y por último á las prisiones, con las cuales está enlazado el palacio por ese terrible puente de los Suspiros, echado tan audazmente de un lado á otro entre el cielo y el agua.

Asia y Africa se han unido para imprimir su sello á esta construccion: una primera serie de arcos agudos, de columnas sin base y de enormes capiteles sostiene una segunda columnata en cuyo friso se apoya á su vez el



Casa de Desdémona

muro de mármol blanco y rosa que forma el palacio; esta parte, en la que reposa la otra mitad, muy maciza, produce un contraste tanto más completo cuanto que la luz, al herir las porciones más llenas, hace que parezcan más esbeltos y ligeros los balcones y arcos que recorta y atraviesa de parte á parte.

En esta maravillosa estructura el vacío es el que sostiene lo sólido. No parece sino que Calendario, á quien se debe esta obra maestra, quiso desafiar todas las leyes de estática, dando por punto de apoyo á las dos moles enormes que forman el ángulo del palacio una sola columna aislada.

Los balcones, así como las esculturas de las dos grandes ventanas que dan á la Piazzetta y al Muelle, son obra de Sansovino.

Todos los nombres ilustres de Venecia, bien sean de duques ó de artistas, bien sean los de Faliero, Morosini, Fóscari, Sansovino, Vittoria, Tintoreto ó el Ve-